



*A mis fieles relatores, en especial a Juan Campos Campos, Lorenzo Villafranca Melgar, Rafael Reina Estrada, Matilde Aguilar Montero, Lely Santaella Porras y Juan Aguilar Reina, sin cuyo concurso y memoria esta novela no hubiera sido posible.*



*Para mis amigos novelistas y compañeros de generación, Arturo Pérez-Reverte y Horacio Vázquez Rial. Y en memoria de José Antonio Gabriel y Galán.*



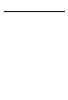




On se cherche dans le bonheur;  
on se trouve dans la souffrance.

HENRY BATAILLE







Cuando Joaquín Maruján supo que, de madrugada, iban a darle *el paseo*, al caer la tarde pidió que José Heredia, su cuñado, le trajera a la prisión una lata de jalea de membrillo y la cuchara de plata que su madre, de niño, le había regalado.

José se presentó en la cárcel de la capital ya entrada la noche, después de que todos sus intentos de lograr clemencia para Joaquín fracasaran, y sin reparar en el riesgo que pudiera suponerle el parentesco y la amistad manifiesta con un hombre que tenía fama de agitador político y de masón. Tras exigírsele que se identificara, José fue cacheado, y al cabo de media hora, que se le hizo infinita, conducido por una pareja de guardias hasta la celda donde se hallaba Joaquín. Lo primero que vio, al serle franqueada la puerta, fue a un joven que yacía en un jergón, con huellas evidentes de haber sido torturado, y enseguida reconoció en la penumbra el perfil de Joaquín, su rostro, muy demacrado, en el que destacaban, si cabía, más que nunca, aquellos ojos oscuros, desmesurados, que arrastraban a las gentes en los mítines. La escasa iluminación que proyectaba una bombilla desnuda y el olor que despedían las paredes húmedas, mezclado con el aire viciado del calabozo, sobrecogieron a José, quien por un instante llegó a pensar que era aquél el olor de la muerte.

II





Joaquín recibió su pedido, y José se limitó a permanecer en silencio, a su lado, los minutos de gracia que le concedieron. Sabía que resultaba inútil tratar de deslizar una palabra de afecto o de vana esperanza y que era mucho más importante para Joaquín tenerlo allí, como si su presencia irradiara el calor de una familia que la guerra había deshecho. Ni siquiera le quedaba la íntima satisfacción de considerar que moría por una causa justa, ya que hasta la cárcel había llegado la noticia, cruel como ninguna, de que en su pueblo de origen su propio bando había fusilado al hijo de su hermano Jesús Leopoldo: un muchacho apenas salido de la adolescencia, sin más pasado político que el que trágicamente le brindó la sombra de su padre, la de los miembros enfrentados de la familia. La nobleza de la idea por la que Joaquín había luchado, por la que se entregaba la vida en las trincheras, se volvía sórdida y opaca en la retaguardia, empapada de odios y resentimientos, de una sangre que no se borraba sino con otra del mismo signo: la de la venganza. Poco después, Joaquín y José se estrecharon las manos y, fundidos en un abrazo, hubieron de esforzarse para contener la emoción de la despedida.

Cerrada de nuevo la puerta de la celda que los separaba para siempre, José no pudo reprimir un sollozo cuando, a través de la mirilla, vio a Joaquín contemplar la cuchara como si fuera un espejo por el que desfilase su infancia, y observó su recogimiento, la búsqueda instintiva de un refugio, en la mirada que recaía sobre la góndola que ilustraba la lata de jalea, debajo de la cual tal vez Joaquín estaba rescatando carretes, agujas y ovillos de una lata familiar en la que su madre, como tantas otras mujeres, durante decenios, guardó los útiles de costura. Sentado en el jergón, con dignidad y un cansancio que parecía haber doblegado su espalda pero no su ánimo, Joaquín, bajo la última mirada de su cuñado, destapó la lata y comenzó, lentamente, a comer la jalea. Luego se tendió en el jergón y se cubrió con la manta.





Uno de los carceleros informó a José, al día siguiente, de que las noticias difundidas sobre el fusilamiento de Joaquín eran falsas. Al amanecer, cuando los guardias fueron a buscarlo para ejecutar la sentencia, lo encontraron muerto, de un coma diabético, y con una sonrisa en los labios.





## I

Veinte años y algunos meses antes de aquella mañana de julio de 1936 en la que, oficialmente, fusilaron a Joaquín, en pleno otoño de 1915, José Heredia se hallaba en un mirador del jardín de los Maruján, sorprendido y angustiado por el silencio que envolvía los tres edificios solitarios que se elevaban en él: la inmensa mole de la mansión principal, la segunda residencia y el pabellón. Acababa de salir de la cárcel del municipio, donde había permanecido detenido por sacar sigilosamente y de madrugada el cadáver de su patrón, Pepe Maruján, del lecho en el que estaba amortajado —mientras su hermana Lola y otros familiares lo velaban en una estancia contigua—, para conducirlo hasta una rotonda del jardín, en cuyo centro, sobre un túmulo de leña seca y tras rociarlo con petróleo, le prendió fuego.

El juez había decretado la puesta en libertad de José, después de tener acceso al testamento de Pepe Maruján y de conocer que en una de sus cláusulas el testador manifestaba su voluntad de ser incinerado en el jardín de su casa. Una decisión que provocó el abandono, por Lola y su servidumbre, de la mansión principal, donde ella había residido toda su vida, para dejar sentado su distanciamiento del escandaloso ceremonial programado por su hermano, cuyas disposiciones testamentarias corrían de boca en boca por el pueblo. Porque Pepe Maruján no se limitaba a ordenar la «ceremonia paga-







na» de la cremación, sino que, además, según el criterio de Lola, la había humillado públicamente al legar a José, hurtándose a ella, el usufructo vitalicio del pabellón y del botánico. Lo que equivalía a decir que, en tanto viviese José, el pabellón sería su propia casa, y la arboleda del botánico, que ocupaba una tercera parte del recinto, su jardín. Pero aquel legado incluía además algo a lo que Lola no concedía importancia: la pequeña bodega, situada en los bajos del pabellón, de la que José podría obtener los ingresos necesarios para sostenerse, y los dos viejos automóviles que éste había venido cuidando con singular esmero, y que se encontraban en el garaje, junto a la bodega. Tales disposiciones lo liberaban de tener que emplearse por cuenta ajena y, a un tiempo, lo unían por un vínculo —que José no acertaba a definir— a los Maruján y a la mansión familiar, que se levantaba frente al pabellón, en el extremo opuesto del recinto.

Desde el mirador, la tarde de su regreso a la que ya era su casa, tras la corta estancia en la cárcel, José volvió a ver, como si flotasen en el botánico, los ojos de su patrón, que la enfermedad había aureolado de un color violeta. Nunca olvidaría su mirada, que casi hasta el último instante recorrió el jardín y persiguió la vida en cada hoja. Aquella mirada que se compadeció de él cuando era un adolescente sin amparo alguno; la misma que dispuso que lo acompañara como mozo, y más tarde, como chófer y hombre para todo en aquel recorrido de veinte años por Europa en el que Pepe Maruján dilapidó su fortuna. Después, cuando los recursos tocaron a su fin, aquella mirada tan familiar trató de mentirle, en vano intento, para que aceptase lo que le restaba de dinero. Él, que la respetaba tanto, se atrevió a contrariarla por primera vez, decidido a afrontar en su compañía la ruina y el retorno obligado al pueblo, al rechazar el dinero y añadir:

—Guárdelo, vamos a necesitarlo en el camino de vuelta.

Un camino que para cualquier otro hombre hubiese significado la derrota, y que a su patrón no le supuso nada, más allá de la melancolía y el regusto de amargura de un fracaso



existencial al que se hallaba abocado desde el principio, y para él que quizá, inconscientemente, lo había elegido a él como único compañero, al rebautizarlo con aquel apodo por el que todos lo conocían: El Poeta.

Ya instalados en el pueblo, luego de haber renunciado Pepe a la casa familiar, en beneficio de su hermana, y aceptado dividir el jardín de aquélla por un seto, para librar a Lola, como ella misma dejó sentado, de «las locuras y liviandades de una oveja negra, tras veinte años de derroche y malas compañías», José recordó cómo alrededor de su vida y de la de su patrón, que desde entonces pasó a ser el contrapunto de las rutinas del otro lado de la barrera vegetal, fue entretejiéndose una paz agridulce, de la que participaban la arboleda, las estatuas de Robespierre y de los revolucionarios franceses —que Pepe colocó en el botánico para escándalo de su hermana y de buena parte del pueblo—, los catalejos, con los que espiaba el lento discurrir de la existencia cotidiana y sus secretos en las casas, y el sinnúmero de muebles y objetos diversos que llegaron a la mansión como símbolos de una travesía que, al fin, culminó en aquel barco encallado en el jardín que era el pabellón.

Sobre la soledad en la que había quedado sumido el recinto en aquel otoño de 1915, José volvió a encontrar, como difuminados, los últimos días de su patrón, cuando las fuerzas abandonaron su cuerpo y él tenía que llevarlo en brazos desde el pabellón hasta el botánico, e incluso pasearlo en un carrillo de manos, entre almohadones, para que contemplara los árboles que años antes había plantado frente al jardín de rosas de su hermana Lola. A él, los pasos de su patrón y la prolongada estancia en el jardín le habían enseñado algo de inestimable valor: que cada segundo de vida era un don y que la cosa más pequeña podía encerrar un secreto precioso. Mas su largo aprendizaje no le servía para librarlo de las angustias de aquella libertad en la que Pepe lo había iniciado mucho antes de morir, y que él debía ampliar sin otra ayuda que la del legado recibido.





Las semanas, los meses siguientes, a pesar de los recuerdos, o quizá por ellos, no fueron un trayecto fácil para José, tras dejar de oír el apodo, que él apreciaba más que su propio nombre, y recobrar el Heredia de su apellido. Al principio, trató de imitar las costumbres de Pepe. Cada mañana, luego de levantarse, se bañaba y se vestía con lentitud, para bajar a la bodega y beber alguna copa en compañía de tres amigos de su antiguo patrón que continuaban yendo por allí, y que eran las únicas personas a las que atendía.

Una tarde, José se encerró en la biblioteca, tomó uno de los libros de Pepe que glosaban la historia de la Revolución Francesa, y se sorprendió a sí mismo leyendo fatigosamente al cabo de una hora. Supo desde entonces que aquel camino no era el suyo. Tras depositar el libro en la estantería, se miró las manos. En su fortaleza, reconoció la huella del desamparo y, por primera vez en muchos años, lloró en silencio. Días después, al peinarse, notó que su cabello, profuso y negro, conservado sin un cuidado especial hasta aquellos cincuenta años que tenía, en los que su cuerpo no había sufrido ni una sola enfermedad, comenzaba a caérsele en madejas. Don Carlitos, Enricaco y Trino Gálvez, los tres amigos de Pepe Maruján, se percataron de cómo iba apareciendo el cuero cabelludo de José, debido a la alopecia creciente. En poco tiempo, hasta la última hebra de cabello rodó de su cabeza, y los tres privilegiados parroquianos de la bodega admiraron la bola de billar en que se había transformado el cráneo del bodeguero y se compadecieron de él por los diez años de envejecimiento sobrevenido que tan perfecta redondez le regalaba. A ninguno de los tres pasaba inadvertida la angustia que José intentaba disimular, pero desconocían el modo de encauzarla. Don Carlitos, que era un hombre delicado a pesar de su desmesurada humanidad, fue el primero en ofrecer a José una receta para facilitarle la existencia:

—José, tiene usted que retomar su vida y volver a trabajar como antes. Si le sirve de consuelo, piense que su patrón si-





gue arriba, en el piso, leyendo libros; puede que incluso en este momento se halle en la bodega observándonos.

Don Carlitos no calibró el efecto de sus palabras en un alma sencilla como la de José, hasta que vio caer de las recias manos de éste la media docena de botellas que trasladaba para precintarlas, y se asustó al darse cuenta de que su rostro, de un color moreno aceitunado, se había tornado blanco como el papel.

Tras ayudar a José a que tomara asiento en un banquillo y se acodara en una mesa, don Carlitos buscó una botella de coñac, y después de rellenar una copa obligó a José a que la bebiera. Don Carlitos se marchó de la bodega hacia las dos del mediodía, y José procedió a cerrar el portón de acceso al botánico desde la calle. Ya en soledad, José subió a la primera planta del pabellón, y al recordar las palabras de don Carlitos, desde la terraza y a través de la cristalera, se quedó mirando, ensimismado, el interior de la biblioteca. Más tarde, mientras comía en la cocina el frugal almuerzo que se había preparado, pensó que sería feliz si volviese a ver deambular por la casa a su patrón. No añoraba otra cosa que su presencia, que su compañía, y regresar así arropado a la única vida que deseaba vivir: la misma que había llevado durante treinta y cinco años. Le gustaba emplear sus manos, sentir el tacto de las cosas, esforzarse, ejecutar cualquier labor, regar y trasegar el vino en la bodega, ocuparse de los coches y revisar los motores, siempre limpios y a punto para tirar de aquellas carrocerías resplandecientes que él cuidaba como si fueran parte de su cuerpo. Podía pasar el día entero trabajando, pero necesitaba ver el resultado de sus esfuerzos. Leer libros en los que no hallara una fórmula para mejorar los vinos, para fabricar una pieza con la que reparar cualquier avería de los automóviles o hacer crecer las especies del botánico, le parecía labor, si no inútil, al menos muy alejada de su mundo. No ignoraba que existía otro, teórico, en el que su antiguo patrón solía sumergirse cada tarde, luego de dormir la siesta y antes de iniciar el paseo. Ese otro mundo se lo resumía alguna frase, des-





lizada en la conversación, de la que él tomaba mentalmente nota. A veces le bastaba una mirada para percibirlo. Tal vez fue esa hermandad, en la que compartieron la abundancia y la escasez, el secreto de la paz de aquel último retiro mantenido en el pueblo durante quince años; una paz que José venía echando de menos, y cuya falta, pensó, nada —ni nadie— lograría suplir.





## II

Don Carlitos ni siquiera llegó a imaginar que José pudiese seguir jugando mentalmente, transcurridas varias semanas, con las frases de consuelo que él había dejado caer en la bodega. Cuando abandonaba ésta y se dirigía a su casa, contigua al muro del botánico, pensaba que aquel buen hombre que era José necesitaba una razón para vivir, aunque dicha razón no se fundara en algo trascendental ni extraordinario. Después de eso, el asunto, ya simplificado, se resumía en acomodarse a lo que se demandara de la propia existencia. En regla con semejante principio, él, Carlos Morales, vivía para mecerse en la pureza del aire, para pasear de mañana y contemplar el hervidero del mundo en el mercado o para saborear una copa y disfrutar de la conversación con los amigos al mediodía. Luego, por la tarde, se ocupaba de la contabilidad de varios negocios, a fin de obtener, junto con la renta de una viña de su propiedad, lo indispensable para sacar su casa adelante, en la que habitaba en compañía de una vieja ama. Pero don Carlitos también sabía que casi todos precisamos realizar algo más, y que cada hombre esconde una quimera, la ilusión de dar un salto en el vacío; eso era lo que a veces quería sugerir a José, sin atreverse a hacerlo. También él, a quien no le costaba reconocerse como don Carlitos «el contable», tenía empeño en alcanzar una meta que juzgaba superior a sus fuerzas, a la que no estaba dispuesto a renunciar. En la Semana Santa, ce-



lebrada con solemnidad en el pueblo, la Pasión era revivida por los vecinos con un entusiasmo entre pagano y religioso, en cierto modo carnavalesco, que con el curso del tiempo los indujo a adoptar caretas pintadas y ropajes, en los que depositaban, sin atenerse demasiado a la época, su fantasía, y revestidos con éstos y ocultando su rostro con aquéllas, encarnaban a San Pedro, a Caifás, a Herodes, a María Magdalena y a un crecido número de personajes bíblicos. Durante tan señalada representación, en momentos de arrebató, que el vino casi elevaba al éxtasis, se entonaban vivas a los fariseos, a la mujer adúltera o a Pilatos, según se terciara, para reivindicar el respectivo papel. Por encima de aquella Babel sacra, don Carlitos admiraba a unos romanos con plumeros y trajes de raso que, constituidos en corporación, desfilaban, acompañados por músicos —igualmente ataviados—, al ritmo del pasodoble. Los repiques del tambor y el sonido de los trombones y de la tuba y el del resto de instrumentos de metal habían trastornado desde la infancia a don Carlitos, el cual, desde que tuvo uso de razón, se impuso la tarea artística de componer un pasodoble que, al ser interpretado durante decenios, tal vez hasta más allá de un siglo después de su muerte, preservase su memoria entre las gentes del pueblo. Para ello, aporreaba el piano en busca de inspiración, y sus amigos, al pasar bajo el balcón de su casa, susurraban: «está componiendo», aunque transcurrieran los años y la melodía, que debía ser sublime, no acabara de cobrar forma. A un hombre como él le resultaba fácil deducir que José tenía que encontrar un fundamento para seguir viviendo.

Las especulaciones de don Carlitos acerca de las cuitas de José no iban descaminadas, aunque aquél no sospechase siquiera los raíles por los que éste deseaba resolverlas de un modo expeditivo.

Una jornada primaveral de pleno invierno, en tanto se ocupaba en la limpieza de los automóviles que Pepe Maruján le había legado, José se recogió como lo hacían las gentes sencillas para encomendarse al santo que veneraban, y prometió



a su patrón que no volvería a molestarlo en su descanso si accedía a otorgarle un favor que lo ayudase a encauzar su vida. Desde ese día se afanó más aún en sus labores cotidianas, y limpiaba las pipas, abrillantaba el artesanado de madera de la biblioteca o cambiaba las sábanas de la habitación de Pepe como si éste hubiera regresado al pabellón en un expreso del más allá. Tales faenas, propias para invocar a un dios menor del hogar, que proporcionaban a José un equilibrio a ras de la locura, no llegaron a precipitarlo en ésta, a la que se hallaba expuesto por la soledad de la casa, pese a la compañía que trataban de prestarle sus contertulios de la bodega —especialmente, don Carlitos—, porque, al fin, los fantasmas de su mente se materializaron un lunes, a las cinco de la tarde. José, que había subido por la escalera interior del garaje del pabellón para curarse un pequeño corte que se había hecho en la reparación de un motor, al empujar sobre su cabeza la trampilla de entrada a su dormitorio, aspiró un aroma dulce, avainillado, que le era familiar. Con el corazón al galope, cruzó el comedor y se dirigió hacia los aposentos de Pepe. Conforme caminaba, el aroma iba impregnando más el aire. Haciendo acopio de sus fuerzas, José asomó la cabeza para explorar la biblioteca y notó los latigazos del pulso en las sienas. Entonces descubrió una escena que lo dejó en suspenso: envuelto en una nube de humo y acodado en su sillón de cuero, con la mano derecha en el mentón y la izquierda sosteniendo la pipa, Pepe Maruján leía un libro de botánica que descansaba en un atril.

José cerró los ojos varias veces y volvió a abrirlos para cerciorarse de que no sufría una alucinación. Mas cuando pasados algunos segundos vio que Pepe Maruján sacaba una copa del mueble-bar y buscaba la botella de oloroso, salió disparado hacia la bodega. Fallos como aquél podían disuadir al fantasma de su patrón de perseverar en su retorno, cuya única motivación debía de ser prestarle ayuda.

